

Martínez Campos, 2/VI/1996
GUIA
(Publ. GUIA, Ventanas, 4-B, 2 de Junio de 1996)

DE APAGONES, “CORRETIZAS” Y BUSQUEDA DE TESOROS ESCONDIDOS

Silviano Martínez Campos

Habría qué ver cómo reaccionaría un niño muy pequeño cuando, en una de sus correrías por el peñazcal de un arroyo seco, una víbora le diera una “corretiza”. Dominaríalo más bien el miedo, porque a lo mejor esos bichos no persiguen y, tal vez, al encontrarse muchacho y serpiente corrieran en la misma dirección.

O que un muchacho travieso le pusiera a otro sobre el cuello una víbora muerta. Así sería la regañada que le diera la madre del agraviado al imprudente, pero el susto nadie se lo quitaría al de la corbata de reptil. Aunque todo quedaría allí, porque el animal muerto es inofensivo.

Es de imaginar el contento de un chamaco al descubrir en un matorral un nido de codorniz repleto de huevitos...y la desagradable sorpresa, tiempo después, al volver a hurgar en el nido saqueado, encontrar un nidal de insectos.

Tales correrías por el campo deben ser uno de los placeres elementales más disfrutados por los rapaces que hacen sus primeras indagaciones en la vida; pero las correrías posteriores, en medio de los tropiezos que da a veces el andar dando bandazos, como las bolas de billar, deben ser una de las satisfacciones más profundas que como don se nos otorgan, para que aprendamos a apreciar que no todo son víboras “correteadoras”, tormentas amenazantes con sus rayos estremecedores (alguno de ellos que “cáe” a corta distancia de ti), ni agobiantes calores con búsquedas angustiosas de algún manantial o tinaja inexistente o la esperanza frustrada de no encontrar una guayaba en un árbol nacido espontáneamente en el fondo de una barranca.

O sea que también hay cosas bellas, buenas y gratificantes en la vida y no todo es amenazas planetarias de cracks ecológicos o desastres provocados por una industrialización desbocada, ni todo guerras sin fin que hacen fomentrar en algunos el pesimismo de que vivimos en callejones sin salida dentro de la llamada “cultura de la muerte”.

HAY MUCHO BUENO Y BELLO EN LA VIDA

Cómo no sentir el sobrecogimiento al poder vibrar tus ojos con los de miles de ojos luminosos relucientes del Universo en una noche estrellada cuyo esplendor de siempre se puede redescubrir durante un apagón.

Cómo no alegrarte, por contraste, de la lluvia bienhechora derramada en abundancia por las nubes de tu tierra, después de haber padecido el agobiante calor de los días anteriores.

Cómo no percibir el candor y la ternura del rostro sonriente de un niño, después de saber que hay pequeños duramente maltratados.

Cómo no apreciar el rústico placer de una sopa caliente en tarde lluviosa, cuando sabes que muchos niños y adultos en otras latitudes del mundo no tienen ni eso y comen de las allá escasas yerbas que en tu campo se dan en abundancia.

Cómo no admirar el rostro bello de la muchacha y no sólo, sino su palmito, cuando piensas o presientes que es un signo de una belleza misteriosa y llegas a pensar para tus adentros: ¡Cómo serán los ángeles!

Y cómo no quedarte perplejo ante la adustez y vigor del anciano campesino que no se raja y sale todos los días en su borrico a cultivar la parcela cercana, cuando ves impotente al otro anciano, tal vez vencido, que hace de la banqueta su cama y de su morral almohada.

Porque belleza, sí la hay en la Tierra y no sólo en los rostros hermosos de las muchachas piedadenses. Debe haberla también en el mosco “enchiloso” pero no tienes tiempo para apreciarla porque lo liquidas de un manotazo.

O en cucaracha latosa pero tan terca por vivir que siempre va delante de cuanto invento se le ocurre al homo sapiens para exterminarla. Cuando había mayor riesgo de guerra nuclear, el humor negro combinado con la información decía que en caso de un desastre general, las omnipresentes cucas serían las únicas sobrevivientes.

Sea o no cierto, el caso es que debe haber belleza hasta en un virus (o como se llame) de SIDA. Las fotografías agrandadas lo muestran geométrico, en extraña simetría, con diseño perfecto, como una máquina ultramoderna diseñada por el hombre. Lástima que cause la muerte por debilitamiento de la víctima, como la adoración de la máquina puede causar la muerte al hombre por debilitamiento del espíritu.

NO TODO ES MUERTE

Per no todas nuestras obras son de muerte. Esos edificios heredados de nuestros ancestros, tan sabios matemáticos y astrónomos en su tiempo, como los nuestros en el suyo. Y la belleza de los edificios actuales, cuando la necesidad o el mercantilismo no los uniforman.

Dicen que el alma (el interior humano) es bella, bellísima, reluciente como el ángel más bello jamás imaginado. Tal vez sea así, pero de todas maneras es imposible para nosotros verla en toda su plenitud a simple vista, como el manto reluciente del firmamento estrellado en noche de apagón.

Para “ver” los microbios se inventaron los microscopios y para ver las estrellas los telescopios. Para ver el alma, desde hace tiempo se le regaló al hombre el mejor instrumento, su conciencia, el conocimiento de sí mismo, pero es asunto de cada quien usarlo.

Pero a lo mejor, como para apreciar el cielo estrellado en nuestro tiempo sirven mucho los apagones, también se requiera para apreciar la belleza del alma (propia y ajena), apagar un poco las luces y volver a contemplar el firmamento; bajar un poco el volumen de los ruidos y volver a escuchar música; dejar que las máquinas sean herramientas y volver a tomar el control de ellas y, sobre todo, volver a creer en los ancianos, nuestros antepasados.

Belleza que se expresa, aun cuando no siempre la reconozcamos, tanto en un bicho asustador como en una tormenta, igual en un cielo deslumbrante en noche de apagón que en el canto mañanero de los pájaros, y en el gesto humano acogedor y benevolente, signo de una benevolencia de fondo.

LOS SANTITOS

Cómo no, sí hay bondad en el mundo. No todo es maldad ni violencia, no todo es corrupción y desastre, no todo es manipulación y mentira, no todo es erotismo desaforado ni plagas de apariencia incontrolable.

Bondad ejemplar en miradas de hombres y mujeres que donaron su vida, la de todos los días, en hospitales, orfanatorios, escuelas, conventos, dispensarios, para mitigar el dolor humano, cultivar el arte o emprender las altas aventuras del espíritu. Fueron los santos, muchos canonizados, por ejemplares en la vida práctica, muchos no.

O los santitos de ahora, ejemplares como la Madre Teresa de Calcuta o “anónimos” como los miles y miles de enfermeras, médicos y trabajadores que realizan

su vocación de amor al prójimo engarzados en los sistemas hospitalarios de ahora o en la cátedra de ahora o en los conventos de ahora.

Miles de santitos que han luchado y luchan contra injusticias y opresiones desde la cátedra, la política, el periodismo, el libro y las dirigencias sociales o desde sus hogares para hacer llevadera la vida. Muchos que han luchado y luchan incluso dentro de sistemas equivocados pero en cuanto no se uncieron ni se uncen a las maquinarias de muerte, dieron testimonio de la bondad humana, a veces heroica.

Santitos laicos por todos lados, por todos los rincones del planeta, que se suman a los santos que ejercen la bondad y la fe en el hombre desde los púlpitos, los confesionarios y la dirección de la comunidad en ministerios considerados modestos o en ministerios considerados elevados.

Los cristianos de los primeros tiempos se decían entre sí santos, no porque se creyeran el dechado de bondad respecto de quienes los rodeaban, sino porque se sentían “consagrados”, atrapados en el consentimiento de un amor generoso por la fe en el hombre bondadoso, Jesús, a quien consideraban la máxima expresión de la benevolencia, del amor de Dios manifestado al humano.

Las “corretizas” que nos da la vida son reales puesto que las sentimos, desde las corretizas elementales por ganarnos el pan (o los frijoles) hasta las corretizas que nos da el destanteo en las normas de convivencia.

Nuestros miedos son reales puesto que los sentimos (aunque los espirituales dicen que son fantasmas), desde el miedo a nosotros mismos hasta el miedo al otro. Pero a lo mejor muchos de nuestros miedos son al cadáver de lo que está muerto y es inofensivo: modos de ver, modos de relacionarse, modos de convivir que ya no funcionan porque murieron y hay que encontrar unos nuevos.

Y después, confiados, mirar en torno nuestro en lo pequeño y en lo grande, hacia atrás y hacia delante, porque a lo mejor nuestro equívoco está en el miedo a ser lastimados por la mordedura del nuevo mundo que descubrimos y hacemos, cuando resulta que llevamos la misma dirección.

Tal vez a nivel histórico esa dirección sea hacia la unificación humana, no importan los instrumentos que se den para ello, mientras se conserve el respeto por la dignidad humana de personas, comunidades y pueblos.

Nuestros tanteos y curiosidad innata nos hacen volver a buscar tesoros perdidos en nidos abandonados, cuando en realidad ya poseíamos el tesoro escondido.

Ese tesoro escondido, para el creyente, es la honda convicción de que nuestros fantasmas e imaginaciones son sobrepasados por la dimensión que de alguna manera expresamos como ultramundo, ultratumba y ultramuerte.

Para el cristiano, el tesoro regalado de belleza y bondad está en nuestra vinculación (común unión) con la belleza, la bondad, la benevolencia de Dios nuestro Padre, tesoro dado desde ahora y para siempre.

Expresado en aquel cántico angélico que según el relato lleno de belleza y de bondad decía: “Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en los que El se complace”, o sea, a quienes El ama y expresa su benevolencia, su “bienquerencia”.